

# Notas sobre un texto y contexto de Manuel Sales y Ferré

## Félix Requena Santos

El determinismo geográfico tiene a principios de siglo uno de sus máximos exponentes en España a Manuel Sales y Ferré (1843-1910). Este polifacético personaje: sociólogo, historiador y arqueólogo, es un gran desconocido en la cultura sociológica española, a pesar de su copiosa obra.

Catalán de nacimiento, profesó la docencia en Sevilla y Madrid donde ocupó la cátedra de Sociología de la Universidad Central hasta su muerte. Formado en la doctrina krausista como muchos grandes hombres de su tiempo, se inclina más tarde por las doctrinas positivistas y evolucionistas que invaden la Europa de su época. Fruto de esta influencia son sus principales obras de sociología: *Civilización europea. Consideraciones acerca de su presente, su pasado y su porvenir* (Sevilla, 1887); *Del origen del lenguaje* (Madrid, 1887); *Mitología popular* (Madrid, 1887) *Función del socialismo en la transformación actual de las naciones* (Madrid, 1902); *Los nuevos fundamentos de la moral* (Madrid, 1907) y su tratado de *Sociología General* publicado póstumamente.

El texto que aquí presentamos es el capítulo primero del libro primero de su tratado de Sociología General publicado en Madrid en 1912. Dicho texto se inscribe dentro de la tradición vigente en Europa que por aquellos años prestaba gran atención al evolucionismo, al darwinismo, y al monismo geográfico. La obra sociológica de Sales y Ferré no se comprende si no es dentro del marco evolucionista de su época que influye de forma considerable en toda su obra, como evidencia el texto escogido. La relación entre los modos culturales y el medio ambiente tiene una larga tradición. La idea de que la geografía, el clima o la latitud confirman y condicionan el carácter humano es de por sí clásica en el pensamiento social, sin embargo retoma su fuerza en los años comprendidos entre la segunda mitad del XIX y las primeras dos décadas de nuestro siglo. En estos años las ideas de Spencer y Darwin por una parte, y fruto de ellas las de Buckle, Ratzel o Chamberlain recorren Europa entera.

Aunque la Geografía social estaba ya muy perfilada como ciencia social, sin

embargo se creía que todo o casi todo de lo que era común al comportamiento social humano procedía de la naturaleza. En esas fechas se suponía que uno u otro rasgo del medio ambiente natural podía explicar también todo lo que hay de diferente en las conductas humanas<sup>1</sup>. Esta excesiva simplificación de las explicaciones basadas en un sólo factor fue rápidamente sustituida por una ciencia social más compleja y multiparadigmática. Por esos años encontramos a F. Ratzel (1844-1904) verdadero fundador de la geopolítica junto con su coetáneo inglés H. T. Buckle (1821-1862), o el francés Vidal la Blanche (1845-1918).

Henry Thomas Buckle creía que el medio ambiente establecía diversas formas para acomodar a distintos tipos de hombres. Basándose en este argumento trató de establecer las leyes físicas, morales e intelectuales de la sociedad humana. Siguiendo esa línea de pensamiento Friedrich Ratzel dedicó parte de sus años a dotar a la geografía de unos fundamentos empíricos y de una metodología lo más perfecta posible. En su *Antropogeographie* teorizó sobre las condiciones humanas de la cultura como determinadas por condicionantes físicos del paisaje donde se encuentran cada uno de los diferentes asentamientos humanos. Casi por esos mismos años, Paul Vidal la Blanche en su *Principes de géographie humaine* (1922), también aporta su investigación al asunto, siendo el fundador de la escuela francesa de la geografía humana. El clima y el ambiente geográfico en general, aunque no determina, al menos sí condiciona el comportamiento humano.

Estas influencias evolucionistas y deterministas generan, también por esos años, otra línea basada en la célebre máxima evolucionista de "la supervivencia de los más aptos". Esa línea pone el énfasis en el determinante biológico que da primacía a una raza frente a otras. Estas ideas son el sustrato de los nazismos, fascismos y racismos. Los principales representantes de esta tendencia que también recorre Europa por esos años son: H. S. Chamberlain (1855-1927), y G. V. de Lapouge (1845-1936), entre otros. Houston Stewart Chamberlain manifiesta la posición racista desde el lado del darwinismo, al mismo tiempo que acusa un sello nacionalista y enfatiza el antisemitismo. Todos ellos, valores que más tarde ensalzaron el nacional socialismo alemán. Por su parte, George Vacher de Lapouge acentuó también los elementos darwinistas de este tipo de racismo y le proporcionó una base cualitativa. En opinión de Lapouge, la educación ejerce menos influencia sobre el temperamento y el carácter, y por lo tanto sobre la civilización. La selección según los principios de Darwin representa la eliminación de los débiles y la supervivencia de los mejores dotados. Entre los hombres la selección natural es sustituida por la selección social<sup>2</sup>.

Como hemos visto, esta forma de darwinismo social es la que está vigente en

<sup>1</sup> Don Martindale, *La Teoría sociológica: naturaleza y escuelas*, Madrid, Aguilar, 1968, p. 53.

<sup>2</sup> *Ibid.* p. 198.

la Europa de esos años. Una doctrina que afianzó el imperialismo y el expansionismo suscrito no sólo por un conjunto de pensadores, sino por los propios Estados que vieron en estas ideas la posibilidad de ampliar y mejorar sus mercados en otras naciones consideradas menos adaptadas. Esta es una de las justificaciones, como bien señala el profesor Sales y Ferré, del hecho de la completa compartimentación de Africa entre todas las naciones europeas:

“En este continente han fijado su atención los Estados europeos desde mediados de la pasada centuria, y hoy se halla su superficie totalmente distribuída, sin que quede un palmo libre, entre Inglaterra, Alemania, Francia, Portugal, Italia y España”<sup>3</sup>.

En fin, Manuel Sales y Ferré observador y viajero infatigable, recoge y muestra en el texto que viene a continuación toda esta tradición intelectual de su tiempo. Poniendo de manifiesto en toda su exposición rigurosidad y extremada exactitud. Autor poco conocido, tal vez por la época que le tocó vivir, y por lo años siguientes, que por inhumanos todos pretendemos olvidar, merece ser recordado como uno de los padres de la sociología española.

<sup>3</sup> M. Sales y Ferré, Sociología General, Madrid, Librería General de V. Suárez, 1912, p. 59.



# SOCIOLOGIA GENERAL

POR

**D. MANUEL SALES Y FERRÉ**

Catedrático de la asignatura  
EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

48 - Preciados - 48

1912



# LIBRO PRIMERO

## FACTORES CONDICIONANTES

### CAPITULO I

#### Factores físicos.

---

#### I.- DE LA TIERRA COMO MORADA DEL HOMBRE

---

Entendemos por factores condicionantes el conjunto de fuerzas extrañas que actúan sobre la sociedad. De estas fuerzas, unas son externas, residen en el mundo circundante y constituyen lo que llamamos factores físicos o medio natural; otras son internas, residen en el mismo individuo, comprenden las aptitudes provenientes de la raza y las designamos con el nombre de factores étnicos. Empezamos por el medio natural.

A nuestros antepasados hubo de parecerles muy grande la extensión de la tierra, de la que sólo conocían una pequeña parte; a nosotros, que hemos tomado posesión de toda ella, nos empieza a parecer pequeña, y columbramos ya, en un porvenir más o menos remoto, un día en que habrá de oponer obstáculo insuperable a la propagación de la especie humana. De los 509 millones de kilómetros cuadrados que mide la superficie del Planeta, cerca de 400 millones ocupa el agua, quedando para morada del hombre no más que

unos 135 millones, y aún de esta cifra hay que restar más de la mitad, que suman las tierras inhabitables o de habitación dificultosa, como los casquetes polares, los desiertos, de los que el Sahara y el Gobi juntos miden más de 8 millones de kilómetros cuadrados; las montañas no susceptibles de cultivo, varias partes de las dos fajas de la zona templada lindantes con los círculos polares y de las dos de la tórrida contiguas al Ecuador. De la vasta superficie del mar se eleva el antiguo Continente, compuesto de Asia, Europa y Africa, y separadas de él por vastos espacios, América y Australia. El antiguo Continente y América se ensanchan en el hemisferio boreal, que tiene tres veces más tierras y ocho veces más habitantes que el austral, y ha sido, especialmente en la parte asiática y europea, el asiento de las sociedades civilizadas.

Los continentes ostentan una individualidad bien marcada. El Asia, que comprende por sí sola el tercio de las tierras, ofrece al norte una inmensa llanura, a trechos inhospitalaria; al sur, una serie de penínsulas e islas que se

prolongan hasta la zona tórrida; en el centro, un sistema de altas montañas y extensas mesetas, que ha hecho hasta hoy muy dificultosas, casi imposibles, las comunicaciones entre el norte y el sur, el este y el oeste, resultando de esta configuración múltiples y muy diversas regiones, habitadas por pueblos estacionados en las diferentes fases de la evolución social: cazadores, depredadores, pastores, labradores y marino. Las dos partes privilegiadas son el suroeste y el este, que han sido asiento de las dos grandes civilizaciones, occidental y oriental; cuyo desenvolvimiento han interrumpido a menudo las razas de nómadas y montañeses descendidas de las mesetas centrales.

Africa es una masa compacta, de costas regulares y uniformes, cortada casi en su punto medio por el Ecuador y prolongando al norte y al sur sus extremidades en la zona templada; de clima variable, desde el tropical hasta el frío; lluvias de todas clases, torrenciales y casi constantes, estivales, invernales y nulas; fuertes contrastes, tocándose la extrema feracidad con la esterilidad extrema; al sur del Ecuador una alta meseta; al norte, las bajas llanuras del Sudán y del Sahara, y ofreciendo excelentes condiciones para morada del hombre en el litoral del norte, en la región del Atlas al oeste y al este en Egipto, donde floreció, al parecer, la civilización más antigua de la tierra. Dejado de lado en los descubrimientos del siglo XVI, quizás por lo inhospitalario de sus costas, en este continente han fijado su atención los

Estados europeos desde mediados de la centuria pasada, y hoy se halla su superficie totalmente distribuida, sin que quede un palmo libre, entre Inglaterra, Alemania, Francia, Portugal, Italia y España. Aunque fuera del litoral norte y de las costas orientales, Africa ha estado siempre sumida en las tinieblas de la barbarie, muchas de sus regiones ofrecen notables condiciones de habitabilidad y serán sin duda, en lo porvenir, transformadas por la técnica europea, asiento de extensas y ricas sociedades.

Europa se halla comprendida, excepto sus puntas extremas al norte, dentro de la zona templada. Simple península de Asia, su carácter es, en todas relaciones, el término medio. Casi sin desiertos ni estepas; sin grandes macizos formando infranqueables muros; de costas recortadas y a trechos profundamente hendidas; rodeada de multitud de penínsulas y de islas, especialmente en la región mediterránea; con ricas llanuras surcadas por grandes ríos, clima templado y lluvias moderadas, Europa reúne condiciones excepcionalmente favorables para el desenvolvimiento de las sociedades, y por esta circunstancia, a pesar de lo limitado de su superficie, en ella se han fundado los Estados más civilizados y poderosos de la tierra, que han arrebatado a los del Asia la dirección del mundo y han poblado la superficie entera del planeta. Mas no todo se debe a las ventajas del suelo; parte de este admirable progreso hay que atribuirlo a la raza aria, peculiar de este continente al parecer, cuya superiori-



dad, respecto de las restantes, en elevación intelectual, sentimiento altruista, fuerza de voluntad y espíritu de empresa, es universalmente reconocida.

Tendida entre el Atlántico y el Pacífico, en dirección noroeste-sudeste, desde el cabo de Barrow (71° de latitud norte) hasta el de Hornos (55° de latitud sur), América es mucho más larga que África y que Asia y más compacta que Europa; toca a todas las zonas, y realiza toda la gama de climas. Por ella corren los ríos más caudalosos, y en ella crecen los árboles más corpulentos y los bosques más frondosos de la tierra. Su característica, sin embargo, son las grandes llanuras que se dilatan al este del inmenso sistema de montañas primitivas que comienza al norte, bajo el círculo polar, y corre por todo lo largo del continente hasta el estrecho de Magallanes; las sabanas, por donde corren las aguas del Misisipí y de sus numerosos afluentes; los llanos del Orinoco, tostados por el sol tropical; las selvas del Amazonas, mayores que las sabanas del Misisipí, y las pampas, desde el Paraná hasta la extremidad de Patagonia. Por estas llanuras, América ofrece a la propagación del linaje humano un gran porvenir, siendo buena prueba de ello el rápido y colosal desenvolvimiento de los Estados Unidos por la cuenca del Misisipí.

Si la aridez fuese signo de antigüedad, Australia sería el más antiguo de los continentes. Hállase situado en el hemisferio austral, y lo divide casi por mitad el trópico de Capricornio. Sus

costas son regulares, como las de África; su interior, inmensas llanuras o mesetas, de uniformidad desoladora, áridas y peladas, sin otra vegetación que arbustos desmedrados o yerba de duración efímera. Solamente ofrece buenas condiciones de habitabilidad en la región oriental, entre la divisoria de las Montañas azules y la costa del Océano, donde hay radas espaciosas y bien abrigadas, ríos navegables a corta distancia, y hermosos valles, de suelo fecundo, clima templado y lluvias suficientes. En esta faja es también donde han alcanzado mayor y más rápido desenvolvimiento las colonias que durante el siglo XIX han fundado los ingleses en este continente.

No solamente los continentes, también cada una de sus partes puede ser considerada como una pequeña individualidad, por ofrecerse combinadas en ella de modo especial las diversas energías naturales, cósmicas, físicas, químicas y orgánicas. Las islas y las penínsulas son desde luego todos completos, y respecto de las demás partes, la configuración, la radiación solar, la humedad, la altura, la naturaleza del suelo, la posición, la vecindad del mar, la gea, la flora y la fauna, oponiendo obstáculos u ofreciendo facilidades, imprimen al desenvolvimiento social una dirección determinada. Estas limitaciones fueron en un principio factor importante en las emigraciones de los pueblos, y más tarde fijaron la extensión de las sociedades y su capacidad evolutiva. Todas las civilizaciones, y las antiguas más que las modernas, llevan el sello de la región

en donde se han desarrollado y han florecido. El mismo Ranke, con ser idealista, confiesa que la región egipcia tiene su principio en el cultivo de la tierra del Nilo, y que la persa tiene el suyo en el modo de cultivo usado en el Irán. Consideremos, pues, los principales factores que concurren a constituir esta individualidad de las regiones, empezando por la radiación solar.

---

## II.- LA RADICACIÓN SOLAR.

---

En los reinos animal y hominal, la vida se mantiene consumiendo vida: ley triste, pero absolutamente exacta. Los vegetales se alimentan de lo inorgánico; de ellos puede decirse que sacan la vida de la muerte. Los animales y el hombre se alimentan de lo orgánico; por ellos la vida vuelve a la muerte. Tal es el ciclo que recorre la materia desde el origen de los tiempos. En virtud de esta ley, la primera condición para que se formen y prosperen las agrupaciones humanas es la abundancia de alimento. Donde el alimento abunda, crecen las sociedades; donde escasea, malviven; donde falta, perecen. A la abundancia de alimento debe su pujanza el pueblo inglés y su rápido desenvolvimiento el Norteamericano; por la penuria de alimento, viven fraccionados en pequeños grupos los boschimanos de Africa y los negros australianos, obligados a recorrer vastas superficies peladas en busca de una raíz o un gusano; los fuegios, instalados sobre árido litoral; los esquimales, arrinconados en las heladas

regiones de la América del Norte, y varias otras fracciones del linaje humano. Puede formularse como ley que la magnitud de las sociedades es proporcional a la cantidad de alimento que produce su suelo. Si en este respecto ordenáramos todas las sociedades humanas, desaparecidas y actuales, en razón de la magnitud, veríamos que su habitación mejora, que su suelo es más feraz a medida que se asciende de la menos a la más extensa. Por el alimento ocurrieron los primeros choques entre los hombres. En todos los tiempos, vemos a los grupos humanos afluir en tropel al fértil valle o a la región de abundantes pastos. Baste recordar las repetidas invasiones de que fueron teatro los valles del Nilo, del Eufrates, del Indo y del Ganges. El alimento ha sido también la causa de la mayor parte de las guerras en que se han enzarzado tan a menudo las sociedades vecinas, y lo es hoy de la lucha que sostienen entre sí las naciones europeas y americanas por ensanchar sus mercados.

¿De qué depende la distribución de los alimentos? En primer término, de la temperatura, la cual varía, principalmente, según la latitud y la altura. La radicación solar esparce la vida por la superficie de la tierra, en términos que adonde ella llega, hay vida: adonde no llega, hay muerte, y dentro de la zona de su acción, es la vida más o menos activa según el grado de su intensidad. No hay sino fijarse en la vegetación, que exuberante y variada en los trópicos, se empobrece disminuyendo el número de sus especies, la

corpulencia de su talla y el tamaño de su fruto a medida que se camina hacia el norte o se sube a las alturas. La vibración solar, actuando sobre al ácido carbónico de la atmósfera, compuesto de carbono y oxígeno, y sobre el vapor acuoso, que se compone de oxígeno e hidrógeno, forma compuestos ternarios, entre ellos la celulosa, de que se forman los tejidos del vegetal, y el almidón, que se almacena en el grano y constituye el principal alimento del hombre. Síguese de aquí que la producción de almidón está en razón directa de la intensidad de la radiación solar, siendo copiosísima en las regiones tropicales, abundante en las cálidas y disminuyendo al paso que se camina hacia el norte. ¿Quién no conoce el árbol del pan, cuyo fruto tiene el tamaño de la cabeza humana y que provee de alimento durante nueve meses del año a los isleños del mar del Sur; el bananero, cuyo rendimiento supera cuarenta veces al de la patata, el cocotero y otros? Un mismo árbol da menos frutos, y éstos de menor tamaño y jugo, a medida que se le trasplanta a más altas latitudes o a mayores alturas, y acaba por no dar ninguno. Ahí está la palmera, que fecunda en la costa africana apenas da fruto en Elche y es completamente estéril en la cuenca del Ródano. Por la misma causa, la zona templada en la región de las praderas, que la cubrirían por completo sin el trabajo del hombre: empiezan a los 40º de latitud en el hemisferio boreal, mucho más cerca del Ecuador en el austral. Con los 40º grados lindan las estepas en la Ecuaria

y las sabanas en la América del Norte; en África y Australia las praderas penetran en la región caliente. En las praderas, los granos atrofiados no suministran sino escasa alimentación. Desde el grado 60, a las fanerógamas suceden las criptógamas, líquenes y musgos, cuyos tallos sólo por excepción son comestibles.

Al tiempo que el almidón almacenado en el grano, la vibración solar forma otros compuestos ternarios, unos más oxigenados que aquél, como las materias grasas; otros, menos, como los ácidos, a cuyo contacto, ya la fécula se transforma en goma y luego en glucosa, ya el ácido desaparece reemplazado por el azúcar, y estos nuevos productos, azúcares y materias grasas, se hallan repartidos según la misma ley que las materias feculentas, abundando en los trópicos y disminuyendo de sur a norte. Sabido es que los frutos de la zona caliente son más azucarados que los de las templadas, que el fruto de un mismo árbol es tanto más dulce cuanto más caliente es la región en que madura. Por la misma causa los vinos de Andalucía son espirituosos; los de Galicia, ácidos; los de Brandeburgo no pueden beberse de agrios. Lo propio que con el azúcar acontece con las materias grasas, siendo el rendimiento de las plantas oleaginosas en la zona templada la mitad que en la tórrida. No se eximen de esta ley los productos cuaternarios, de los que hablaremos luego, ni tampoco los animales, cuya "expansión geográfica", dice Dresde, sin embargo de ser algo más libre y fácil que la de las plantas,

marcha paralelamente a la de éstas”.

Esta ley no se cumple, sin embargo, con exactitud matemática, a causa de no ser idéntica la temperatura en cada una de las zonas, sino variable según varias circunstancias, como la proximidad o lejanía del mar, la altura o la depresión, las corrientes marinas y aéreas. El norte de Europa, por ejemplo, por recibir las corrientes de agua y de aire del suroeste, es más templado que el norte de América; la temperatura de Roma, más elevada que la de Nueva York, no obstante hallarse ambas ciudades bajo el mismo grado de latitud; encuéntrase bajo los trópicos mesetas frías, y no faltan en el círculo polar, trozos de costa de clima dulce.

Si despreciamos las diferencias provenientes de estas circunstancias, podemos formular como ley que los recursos alimenticios provenientes del reino vegetal disminuyen del Ecuador al Polo, y si recordamos que la densidad de la población corre parejas con la feracidad del suelo, concluiremos que las sociedades humanas deberán disminuir de la misma suerte, siendo extensas y poderosas las de los trópicos, pequeñas y débiles las de las zonas templadas.

Mas esto no es exacto, por varias causas. Una de ellas es que la radiación solar, al par que activa la producción de alimentos, deprime la energía humana. El calor relaja y enerva; el frío contrae y entumece; una temperatura intermedia tonifica. Por esto, los habitantes de la zona ecuatorial son indolentes; los de las templadas, activos y

laboriosos. Por la misma causa, los montañeses son duros y audaces; los moradores del llano, blandos y cobardes.

A estos efectos directos del calor sobre el organismo júnctanse los derivados de la abundancia misma, la cual si por una parte redime al hombre de la necesidad física y le deja libres largas horas que dedicar al ejercicio de las actividades mentales, le priva por otra de estímulos para el trabajo satisfaciendo cumplidamente todos sus apetitos. El habitante de los trópicos no necesita cuidarse de nada: vestido no le hace falta, comida la tiene al alcance de su mano. Como dice Mongeolle, el banquete de la vida está siempre servido. No se le brinda ocasión para el esfuerzo personal. Por lo contrario, los habitantes de las zonas templadas y frías, no disponiendo del sustento necesario, tienen que luchar a toda hora para no perecer. Con el esfuerzo de su brazo rompen el suelo y fuerzan a la tierra a producir; con la energía de su ingenio subyugan las fuerzas adversas y doman a los animales. Esta doble lucha es redentora. Por la primera, sus músculos se aceran; por la segunda, se desarrolla su cerebro; por ambas juntas, adquieren vigor, inteligencia, personalidad. Efectos análogos se observan en los individuos, según el sistema de crianza que se les aplique. Los mecidos en doradas cunas, los que reciben la satisfacción antes de sentir el apetito, se crían flojos, afeminados, irresolutos, cobardes; por lo contrario, los nacidos en cabañas, los que desde niños se familiari-

zan con el hambre, la sed, el frío y el calor, los habituados a reprimir sus gustos por temor al castigo y a pedir a su esfuerzo la satisfacción de sus necesidades, crecen duros, robustos, valientes, emprendedores. No es otro el secreto de que todas las dinastías degeneren, de que todas las aristocracias cerradas sucumban, de esa doble corriente que existe en todas las sociedades diferenciadas en clases: la una, de abajo arriba, que eleva a la cumbre a individuos de las clases inferiores; la otra, de arriba abajo, que hunde a individuos de las altas clases. La abundancia gratuita es el mayor obstáculo para el desarrollo de los individuos y el desdiseño de los pueblos.

La radiación solar excesiva perjudica todavía en otro respecto, en disminuir las necesidades, por la escasa diferencia entre la temperatura del organismo y la del medio ambiente. La cantidad de trabajo necesaria para mantener la temperatura normal de nuestro organismo, que es de 37 grados, tiene que ser tanto mayor cuanto más baja sea la temperatura del ambiente, y como ésta disminuye al paso que se camina hacia el norte, resulta que el habitante de la zona templada necesita, para poder vivir, consumir mayor cantidad de oxígeno y de carbono que el de la tropical. Es decir, que a medida que el alimento va siendo más escaso, se impone al hombre la necesidad de consumir mayor cantidad de él. Por esto los habitantes de las regiones cálidas son frugales; los de las frías, devoradores; por esto se come en invierno más que en verano. Esta

circunstancia es un nuevo motivo de indolencia para el habitante de los trópicos, un nuevo estímulo de progreso para el de la zona templada, el cual, necesitando ingerir mayor cantidad de alimento a medida que la escasez de ellos es mayor, se ve obligado a centuplicar el trabajo y aguzar el ingenio, lo que redundará en provecho de un mayor desarrollo de su músculo y de su cerebro.

Estas circunstancias desvirtúan el bienhechor influjo de la abundancia de alimento, y hacen que la zona tropical sea poco apropiada para el desenvolvimiento de las sociedades por exceso de radiación solar, como las glaciales los son por defecto, y así, todas las que en una y otra se ha fundado son, en general, pequeñas y miserables, como las de los guineos, mineopios, andamanos, negritos y caribes, en la primera; las de los groenlandeses, esquimales, lapones, fineses y yacutos, en la segunda. Por lo contrario, la zona templada, donde una radiación solar moderada tonifica el organismo; donde no se rehúsa el alimento sino al que no trabaja; donde la necesidad no apura al extremo de esclavizar al hombre, es la única adecuada para el progreso humano. Otra excelencia de esta zona es la sucesividad de las cuatro estaciones, primavera, verano, otoño e invierno, las cuales por el cambio de la temperatura y la desigualdad de los días y las noches, regulan el curso de la explotación agrícola, estimulan la actividad y sugieren la previsión, siendo menester almacenar en verano y otoño para las necesidades del invierno.

no. En la zona tórrida no hay invierno propiamente dicho, no hay más que dos o tres estaciones: lluviosa, seca y caliente, y el hombre solamente goza de la plenitud de sus fuerzas durante los cuatro meses siguientes a las lluvias, hallándose paralizada su actividad en el resto del año por las humedades o el calor.

Por su situación intermedia, la zona templada presenta de sur a norte notables diferencias, que obligan a considerarla dividida en tres fajas o secciones, a saber: caliente, vecina de la zona tropical; media, contigua a las circumpolares; media que es la más favorable a la evolución social. En efecto, las sociedades han crecido en masa y complejidad de la sección caliente a la media y, dentro de ésta, de la mitad sur a la mitad norte, habiendo sido las del litoral europeo, en la cuenca mediterránea, superiores a las del litoral africano y a las asiáticas, y las del centro de Europa superiores a las del mediodía.

Sin embargo, la conclusión de que la parte media de la zona templada es la más favorable para el desenvolvimiento social no es en absoluto exacta: si lo fuera, en ella habría nacido la civilización. Las sociedades que han llegado a un alto grado de desarrollo no han sido coetáneas; han florecido una en pos de las otras: las del centro de Europa después de las del mediodía, éstas después de las asiáticas y africanas, y cada una, excepto las primitivas, con el auxilio de la civilización que le han transmitido las precedentes. Ninguna sociedad europea ha salido de la

barbarie por solas sus fuerzas. La civilización ha nacido en ciertas regiones de Asia y de Africa sitas en la sección caliente; de ellas ha sido llevada a las costas mediterráneas, y de éstas al centro de Europa. De donde debemos inferir que cada una de estas partes ha tenido su época de ser la más adecuada para el desenvolvimiento de las sociedades, y esto en virtud de otro poder, el poder del espíritu, de la conciencia reflexiva.

La conciencia reflexiva empezó por ser una energía muy débil, insignificante; en el transcurso del tiempo, merced a la porfiada lucha del hombre con la naturaleza, ha ido creciendo y vigorizándose, hasta hoy, en que ejerce una real y efectiva soberanía sobre muchas de las fuerzas físicas. De esclava ha pasado a ser señora. En sus albores, así como el niño necesita de cierto ambiente y de solícitos cuidados para medrar, de igual modo necesitaron las primitivas sociedades, para crecer y desarrollarse, de condiciones especiales, que sólo se daban en algún que otro punto de Africa y de Asia, como los valles del Nilo, Eufrates, Indo y Ganges. Más tarde, a la manera que el adolescente, vigorizado con el ejercicio, aleccionado con las enseñanzas de sus padres y maestros y disponiendo de todos los recursos que le ofrece la civilización de su tiempo, sale a la sociedad y a la naturaleza, salva los peligros de la una, vence las dificultades de la otra y llega triunfante al término de sus empresas, no de otra suerte las sociedades de la costa norte del Mediterráneo, vigorizadas por la lucha

con un suelo que sólo da fruto al que lo trabaja con ahinco, provistas de las enseñanzas que las comunicaran y de los inventos que las transmitieran egipcios, asirios y fenicios, se elevaron a un grado de complejión, cultura y dominio de las leyes físicas superior al de sus maestros. Y a este tenor, dotadas las sociedades de mayor energía y herederas de una civilización más poderosa a medida que se han asentado más hacia el norte, han sido mayores de una región a otra su masa, su diferenciación, sus recursos y su poder. La lucha más activa con el medio les ha dado mayor unión y disciplina, bases de una más compleja organización social; la herencia de una civilización más rica les ha provisto de más recursos y poderío. He aquí las dos causas de su supremacía. De estas causas, a la civilización corresponde el primer lugar. Sin el auxilio de las civilizaciones orientales, no es probable que los pe-lasgos de la Grecia hubiesen salido de su organización tribal; sin los elementos de cultura que les aportaron los etruscos y los griegos, difícilmente se habrían elevado los priscos latinos en Italia del estado de pastor, y quizás, las tribus germanas andarían todavía hoy errantes por los bosques europeos al no haber recibido el gran caudal de la cultura romana. La civilización que las sociedades mecidas en suave cuna han creado y transmitido a las asentadas en duro e ingrato suelo ha servido a éstas para domar la rudeza de su morada, y una vez domada ésta, la mayor energía de que la lucha las dotara, les ha servido para fundar una

organización social superior. Comarcas pantanosas, selváticas o desiertas, que oponían obstáculo insuperable a la extensión y crecimiento de las sociedades, han sido transformadas, por virtud de la civilización, en moradas artificiales, mitad naturales, mitad espirituales, brindando con excelentes condiciones para su superior desenvolvimiento. Así se ha efectuado el progreso social. La primera condición de la evolución de las sociedades ha sido la civilización, el desarrollo de la conciencia reflexiva; la segunda, la energía de la raza, proviniente de la rudeza del clima; y combinando ambos factores, se explica el progreso de las sociedades en su marcha progresiva desde el mediodía de Asia y noroeste de Africa hacia el centro de Europa.

---

### III.- DE LA HUMEDAD

---

No menos importante que el calor es la humedad, la cual depende, en primer término, de la vecindad del mar o de grandes masas de agua y de las corrientes aéreas. Hay regiones en las que llueve muy poco, que sólo reciben al año de 0 a 250 milímetros de agua; otras en las que llueve mucho, que reciben de 1.000 a 4.000 milímetros, y otras en las que llueve medianamente, de 250 a 1.000 milímetros. Estas últimas son las más favorecidas, tales como la Europa central y occidental, la China oriental y la mitad Este de los Estados Unidos. Superan con mucho a éstas en extensión las regiones en que llueve poco, siendo por ésto más o

menos estériles, como el Africa central y septentrional, el oeste de América, el este de Europa y gran parte de Asia y de Australia. En algunos puntos del Asia central la capa anual de lluvia desciende hasta llegar a cero, como en el Sahara.

El agua se presenta en tres estados: sólido, líquido y gaseoso. En estado sólido, de nieve o hielo, el agua siembre la muerte, como en los casquetes polares y en las altas cumbres. En estado líquido, el agua forma las fuentes, los ríos y los mares. Los ríos y las fuentes son vehículos de fecundidad y de vida<sup>1</sup>. Orillas de los ríos nacieron las primitivas civilizaciones, junto a los ríos se ha levantado las más populosas ciudades (Tebas, Babilonia, Roma, en lo antiguo; Paris, Londres, Viena, en lo moderno), y a una fuente deben su existencia multitud de poblados. La vecindad del mar favorece el crecimiento de las sociedades, contribuyendo a la alimentación con el pescado y facilitando las comunicaciones. Generalmente, se atribuye al mar un influjo más activo del que realmente ejerce, fijándose en que la densidad de la población y la aglomeración urbana son mucho mayores en la faja del litoral que en lo interior.

Si por el mediodía de Europa y Asia y a unos 150 kilómetros de la costa tiramos una línea paralela al contorno de la ribera, de las dos regiones en que estos continentes quedan

divididos, continental y marítima, la densidad de la población es en la segunda dos veces y media mayor que en la primera y ocho veces mayor la aglomeración urbana, y por discurso un tanto superficial, se atribuyen estas enormes diferencias a la influencia del mar exclusivamente. Se olvida que a estos efectos contribuyen otras varias circunstancias, entre ellas, la producción industrial y la feracidad de las cuencas bajas de los ríos que aquí corren enriquecidos con todo su caudal y que las fecundan con una capa de fértil limo en cada una de sus avenidas<sup>2</sup>. El mar sólo influye, repito, en cuanto facilita la comunicación, donde las costas son de fácil acceso, y provee a la alimentación con el pescado.

En estado gaseoso, el agua influye en la evolución de las sociedades mediante el alimento. Al lado de los productos ternarios de que hemos hablado (almidón, azúcar y materias grasas), compuestos de oxígeno, hidrógeno y carbono, existen los cuaternarios, que juntan a dichos elementos el ázoe. Estos compuestos, que también se llaman azoados y albuminoides, son indispensables a la alimentación. Su abundancia se revela en el organismo por el aumento de glóbulos rojos y la robustez; su penuria, por la disminución de glóbulos rojos y la anemia. Además, el ázoe parece que interviene de modo notable en la actividad mental, por cuanto la leticina, dise-

<sup>1</sup> Ya Píndaro dijo que el agua es lo mejor de todo, y afirma Schmoller que son ricas las regiones que tiene agua en su vecindad. (Princ. d'Econ. Polit., t. I, pág. 324)

<sup>2</sup> En el crecimiento de Valencia ha influido poderosamente la feracidad de su dilatada campiña; en el de Barcelona, el desarrollo de la industria; en el de Bilbao, el laboreo de sus minas. Vigo y Villagarcía, que no tienen campiña, ni industria, ni minas, no han pasado de capitales de tercer orden.



minada en la masa encefálica, contiene ázoe y fósforo. Según Mongeolle, el cerebro consume mayormente compuestos albuminoideos; el músculo, hidrocarburos más o menos oxigenados, proviniendo esta diferencia de alimentación en la diferente clase de trabajo que uno y otro órgano desempeñan. El del cerebro se reduce a transformar el movimiento molecular recibido en movimiento molecular de otra especie; el del músculo consiste en transformar el calor en movimiento de traslación. Indudablemente, esta segunda operación implica mayor gasto de calor que la primera, y para poder efectuarla necesita el músculo alimentación principalmente de sustancias ternarias, que al quemarse o desdoblarse, desprenden más calor que las materias azoadas. De lo cual se desprende que las materias azoadas son favorables al desarrollo de la actividad cerebral, al desarrollo, por tanto, de la civilización.

¿Cómo se forman? Mediante, entre otros elementos, la humedad. El ázoe es absorbido por las raíces de las plantas en estado de solución amoniacal, sube por los tejidos, donde se encuentra con el almidón elaborado en las hojas, y ambos productos se juntan dando origen a las materias albuminoideas. Es evidente que la producción de estas materias será tanto más abundante cuanto mayor sea la cantidad de amoníaco absorbido por las raíces y más activa la evaporación en la superficie de las hojas. Para lo primero, se requiere que el suelo esté húmedo; para lo segundo, que la radicación solar

sea intensa y que el aire esté seco. Un ambiente húmedo, comprimiendo con las moléculas de vapor de agua suspendidas en el aire las que están a punto de escaparse de la planta, retarda la evaporación. De donde se sigue que el clima húmedo es contrario a la formación de materias azoadas en los vegetales; pero puede ser favorable a la producción de praderas y a la cría de ganados, y en este caso, si los habitantes se alimentan de carne, más rica en ázoe que los vegetales, será también favorable al desarrollo del individuo y al progreso de las sociedades.

Bien se ve que el régimen alimenticio no debe olvidarse cuando se trata de explicar las diferencias que ofrecen las sociedades en su evolución. Fijémonos, por ejemplo, en las estacionarias del oriente de Asia, en contraposición a las eminentemente progresivas del occidente del mismo continente, incluyendo en este segundo término a Europa.

La sociedad china es una de las más antiguas; progresó deprisa hasta Confucio, siglo VI antes de Cristo, y desde entonces no ha dado un sólo paso. Su escritura sigue siendo ideográfica; su idioma, monosilábico; su cultura, memorista; su trato social, etiquetero; la constitución de su sociedad, patriarcal. ¿Por qué? No por las condiciones geográficas, que son excelentes; no por el aislamiento, como dice Lacombe, porque ha estado en relación con varios pueblos, habiendo extendido sus dominios en el siglo II de nuestra era hasta las fronteras del Imperio Romano; tampoco se explica

satisfactoriamente por la raza, de cuya capacidad evolutiva acaban de dar buena muestra los japoneses. El mismo problema se plantea acerca de la sociedad india, que progresó hasta Buddha, se paralizó luego, se dejó conquistar por los árabes y ha sufrido con resignación monacal una larga serie de dominaciones hasta la actual de los ingleses. Tampoco de esta paralización cabe invocar como causa el medio natural, que es privilegiado; ni la raza, que lleva en sus venas sangre aria; ni el aislamiento, puesto que a la India llegaron en sus conquistas los asirios, los persas y los griegos de Alejandro Magno y frecuentaron sus puertos durante siglos embarcaciones egipcias y chinas. Veamos si ha podido influir el alimento.

El Oriente, rodeado de grandes mares, el Océano Pacífico y el Indico, tiene clima húmedo; el Occidente, circuido de mares más pequeños, clima seco. El producto vegetal propio del primero es el arroz, principal alimento de los indios, cambodgianos, malayos y chinos; el producto vegetal propio del segundo, el trigo, que fue la base de la alimentación de los caldeos, egipcios, griegos y romanos, y lo es hoy de los sajones, germanos y eslavos. Otro contraste. El Oriente, de inviernos fríos y veranos ardientes, apenas tiene praderas, que matan los candentes rayos del sol canicular, mientras que en el Occidente abundan los pastos y, por tanto, la cría de ganados. Júntese a esto la aversión de la raza amarilla a alimentarse de carne, que es para la blanca manjar predilecto. Tales son los

hechos; veamos las consecuencias.

El trigo contiene más de doble cantidad de materia azoada que el arroz, y la carne, especialmente la de buey, vez y media más que el trigo; de donde se sigue que el europeo, alimentándose principalmente de trigo y de carne, ingiere triple cantidad, cuando menos, de materia azoada que el oriental, cuyo principal alimento es el arroz; y si recordamos que el cerebro consume mayormente albuminódeos y el músculo hidrocarburos, llegamos a la conclusión de que los pueblos occidentales deben ser superiores en energía intelectual e inferiores en fuerza muscular a los orientales. Y en efecto, los chinos han mostrado en América mayor resistencia en el trabajo regular y penoso que los yanquis, mientras que por su falta de iniciativa y su indolencia están muy por debajo de aquéllos en el orden mental. Esta inferioridad, determinada en parte por el régimen alimenticio, no puede menos de computarse como una de las causas del estacionamiento de las sociedades orientales.

Hemos nombrado el mundo animal, cuyo influjo en el desenvolvimiento de las sociedades, aunque menor que el de las plantas, ha sido también poderoso, en razón al aprovechamiento de sus despojos y de su actividad. Casi en todas partes, la existencia del hombre ha dependido más o menos de los animales, de los que ha utilizado la leche, la carne y la sangre para el alimento; los huesos para utensilios y armas; la lana y las pieles para el vestido. Las tribus cromonianas deca-

yeron desde que empezó a escasear el reno. Los habitantes de Australia se ha petrificado en el estado primitivo a causa, en parte, de su miserable fauna, persistencia de la época terciaria. Los pueblos americanos no pasaron de los rudimentos de la agricultura, por no haber conocido otros animales domésticos que el perro y el lama y no haber podido ayudarse de ellos para el cultivo. La misma circunstancia de no haber utilizado en millares de años bestias de labor para las labores del campo, ha influido en el estacionamiento de las sociedades africanas y de las de Oriente de Asia. Compréndese que los pocos animales que el hombre ha logrado domesticar, sirviéranle para la defensa, como el perro; para el alimento, como la oveja y la cabra, o juntamente para el alimento y trabajo, como el buey y el camello, hayan sido llevados en los tiempos modernos casi a todas partes.

---

#### IV.- DE LA ALTURA.

No hay quien ignore que el oxígeno es el sostén de la vida; puesto en contacto con la sangre por la respiración, es llevado por los glóbulos a todos los órganos, que vivifica y restaura. Horizontalmente, se halla repartido en las capas atmosféricas casi en la misma proporción por toda la redondez de la tierra; su densidad varía sólo en razón de la altura. Cuando se trepa por una montaña o se asciende en globo, la altura barométrica revela una disminución en la densidad del aire, y esta

disminución afecta por igual a todos los componentes de éste, incluso el oxígeno. Según Bert, el enrarecimiento del oxígeno empieza a producir sus efectos en el organismo a 2.000 metros de altura, en que la presión es de 600 milímetros, y causa la asfixia a los 10.000 metros, en que la presión baja a 150 milímetros. En la zona templada no hay cuestión, por penetrar estas alturas en la región de las nieves perpetuas; no así en la zona caliente, donde hay habitaciones humanas situadas a unos 5.000 metros de altura sobre el nivel del mar; a 4.934 la casa de postas de Bomihuasi, en los Andes peruanos, y a 4.974 la misma aurífera de ThochFalung, en el Thibet.

El efecto directo de la altura es el enrarecimiento del oxígeno; este enrarecimiento produce la anemia en los individuos, y esta anemia se refleja en las sociedades, paralizando su desarrollo. Con claros ejemplos lo muestra la historia. Las sociedades que se han fundado en altas mesetas se han quedado paralizadas a los primeros pasos de su desarrollo. Ahí están los thibetanos, flojos, indolentes, de constitución tribal, pastores más que agricultores y con escasísima industria; recordemos a los aztecas y los incas, en las mesetas del Anahuac y de los Andes respectivamente, que se elevaron en poco más de un siglo a la civilización en que los encontramos petrificados en el siglo XVI, constituídos en federación tribal, en la transición del matriarcado al patriarcado, con propiedad comunal y culto sanguinario. Las ciudades mejicanas se levantaban a más de 2.000

metros de altura; Cuzco, capital de los Incas, a unos 4.000 metros. Hoy también, los pueblos más vigorosos, de organización social más compleja y civilización más adelantada, son los que moran en sitios bajos. No debemos computar esta diferencia exclusivamente al influjo de la altura, pero tampoco podemos dejar de reconocerla como una de sus causas.

## V.- DEL SUELO.

Ofrece el suelo múltiples contrastes, a cual más interesante. El primero que debemos apuntar reside en su espesor y composición. Las rocas primitivas, hasta las más duras, cediendo a la acción de los agentes naturales, se descomponen, y los detritus son arrastrados por las aguas a las partes bajas, donde se sedimentan en lechos sobrepuestos, ricos en substancias nutritivas. Con estas regiones privilegiadas forman triste contraste las partes altas -montañas, mesetas y terrazas-, ya completamente desnudas, ya vestidas de delgado y pobre manto, donde apenas pueden arraigar las plantas. A esto deben su pobreza el Montenegro, la Dalmaica y nuestra región gallega, como a lo otro su extraordinaria feracidad las cuencas bajas del Rin, del Po y del Guadalquivir. Allá, los moradores se diseminan en poblados microscópicos; acá, se agrupan en centros importantes. Compárense en este respecto Galicia y Andalucía. En punto a la composición, el contraste se da entre las tierras ricas, que reúnen en la debida proporción todos los elementos mine-

rales y son aptas para toda clase de cultivos, y las tierras pobres; en las que predomina uno de aquéllos, sea la arena o la arcilla, y que sólo sirven para determinadas clases de cultivo. Cuando el predominio de la arena o de la arcilla caliza traspasa cierto límites aparecen, en el primer caso, el páramo o el desierto, en el segundo esas llanuras grises y estériles de nuestras Castillas. No se busque aquí ni grandes sociedades ni elevada cultura. Avila, Guadalajara, Ciudad Real, Segovia, con ser capitales de provincia, tienen menos vecindario que muchos poblados de Andalucía y del litoral de Cataluña. También influye el suelo, por razón de las primeras materias que contiene, en la actividad industrial y artística de sus habitantes. Los egipcios levantaron sus templos y palacios de piedra -granito, pórvido o alabastro- por las hermosas canteras que les brindaba la cordillera arábiga; los caldeos construyeron de ladrillo sus alcázares, sus murallas y sus torres por no disponer más que de la arcilla que les ofrecía la cuenca baja del Eufrates.

El segundo contraste reside en las costas, que ya son rectas y uniformes, como las del Africa occidental; ya escarpadas e inaccesibles, como las de Iliria, en el Adriático; ya sinuosas y recortadas en golfos, bahías y ensenadas como las de Europa en general. Siendo el mar vía de comunicación, claro es que las costas de difícil acceso son contrarias al desarrollo de las sociedades; favorable, por lo contrario, las planas y hospitalarias. Mas este influjo se ha exagerado algún tanto.

Fijándose en el litoral oriental de Grecia, tan profundamente dentellado y que ofrece en toda su longitud seguros abrigos a los buques, Ritter y Curtius señalaron esta circunstancia como una de las principales causas del alto grado que alcanzó la civilización de aquel pueblo; mas olvidaron que sobre aquellas mismas costas vivieron los griegos bajo la dominación romana y durante la Edad media sin riqueza y sin gloria; olvidaron que no menos recortadas y hospitalarias que las griegas son nuestras costas gallegas, a pesar de lo cual no se desarrolló en ellas una civilización indígena; olvidaron que los grandes Estados de nuestros días se han elevado a una civilización muy superior a la helénica sin haber sido favorecidos con costas tan privilegiadas. De todo lo cual se infiere que la forma del litoral influye en el desenvolvimiento de las sociedades, pero únicamente como una de tantas condiciones, que puede ser desvirtuado si no le secundan las restantes.

Otro contraste notable existe entre lo interior y el litoral. La contemplación del mar en agitación continua y ofreciendo un horizonte indefinido dispone a los habitantes al movimiento, al cambio, al progreso; la contemplación de la tierra fija, inmóvil, circuida de montañas, les infunde, por lo contrario, amor a la quietud, al reposo, a la inmovilidad. Los primeros suelen ser expansivos, confiados, hospitalarios y dados a viajar; los segundos, reconcentrados, esquivos, recelosos y apegados al terruño. Respectivamente las sociedades de los unos son plásticas y pro-

gresivas; las de los otros, rígidas y estilizadas. Recuérdense Atenas y Esparta.

Digno de notarse es también el contraste entre el país llano y el montuoso, no solamente por ser rico el primero y pobre el segundo, sino también en cuanto el uno facilita la extensión del vínculo social, la unión de todos sus moradores en un solo Estado, al paso que el segundo dificulta o impide la extensión del vínculo social y separa a los habitantes en pequeños grupos, los cuales nunca llegan a unirse los unos con los otros por lazos tan íntimos como los individuos de cada grupo entre sí. Las naciones asentadas en llanuras son vastas, coherentes y centralizadas; las asentadas sobre terreno montuoso, pequeñas, incoherentes, descentralizadas. A lo llano de su territorio debe Francia su poderoso sentimiento nacional; por las profundas diferencias entre sus múltiples regiones es tan débil el sentimiento patrio español; por lo montuoso de su suelo constituye Suiza una federación y no una nación.

---

## VI.- EL PAISAJE

---

El medio físico obra sobre el hombre en tres direcciones: indirecta, por el alimento, el género de vida y la índole de las ocupaciones que impone; fisiológica, por la temperatura, la humedad y el viento, que modifican los caracteres exteriores, y psicológica, por los paisajes que ofrece a su contemplación, marítimos o continentales, lla-

nos o montuosos, monótonos o variados, que determinan las disposiciones del alma. Hasta aquí hemos hablado de las dos primeras; dos palabras acerca de la tercera.

El espíritu se forma en comunión íntima con el medio físico, obrando y desarrollándose en la dirección, modo y forma que le marcan las fuerzas que le solicitan desde fuera. Porque las sensaciones corresponden a las excitaciones, las excitaciones a los estimulantes externos, y sabido es que las sensaciones son la materia sobre que el espíritu ejerce su actividad formando percepciones, imágenes, conceptos, juicios y razonamientos, todo el contenido, en una palabra, de la vida psíquica. De donde se sigue que, según sean los estímulos externos, o lo que es lo mismo, el ambiente y el cielo, así serán el carácter de espíritu y de sus creaciones. Donde la naturaleza se ostente espléndida, por ser risueño el suelo, diáfano el cielo y ardiente el sol, el espíritu propenderá, por la intensidad de los estimulantes, a lo exterior, a la vida de relación, y será, en la esfera del pensar, más inclinado al arte que a la ciencia; en la del obrar, más impulsivo que reflexivo; en la sociedad, más confiado en los demás que en sí mismo y sumiso a la conciencia colectiva. Por lo contrario, donde la naturaleza se muestre sombría, con el cielo nebuloso, el sol pálido y triste el suelo, el espíritu, solicitado por estímulos débiles, se concentrará en sí mismo, en la vida interior y adquirirá un gran poder de iniciativa, de individualidad, de carácter. Tal es lo que principalmente

distingue en Europa a los pueblos meridionales de los septentrionales. Debajo de esta diferencia fundamental, existen otras no ya sólo entre las naciones, mas también entre las diversas comunidades dentro de una misma nación. De aquí proviene la variedad de un pueblo a otro en su manera de pensar y de sentir, y, por tanto, en sus productos mentales, creencias, teogonías, cosmogonías, literatura, artes y costumbres.

---

## VII.- RECAPITULACIÓN

---

Despréndese de lo que antecede que las sociedades forzosamente marchan y se desenvuelven por los caminos que les trazan las condiciones del medio físico. Ciertamente el hombre reobra contra el medio y lo transforma; pero con más o menos energía en cada fase de su desarrollo mental. El influjo del medio físico sobre las sociedades fue omnipotente en las edades primitivas, y se ha ido debilitando a medida que aquéllas han progresado. En este dilatado desenvolvimiento, obsérvese, de un lado, que el medio ha fijado en cada instante límite infranqueable a la extensión de las sociedades y a su capacidad evolutiva; de otro, que las sociedades, transformando el medio por los progresos de la técnica, han llevado constantemente el límite más allá y han abierto camino para una evolución superior. La vida humana ha sido una lucha continua del espíritu con la naturaleza, en la que el primero ha ido siempre ganando y la segunda

siempre perdiendo. ¿Cuál será el término de esta lucha? Si nos fijamos en lo que era la tierra el aparecer en ella el hombre, sus partes bajas cubiertas de cenagosos pantanos e impenetrables juncuales; las altas, de tupidos bosques; unas y otras habitadas de voraces fieras, y en lo que es hoy, embellecida con florecientes campiñas, poblada de hermosas ciudades, surcada de carreteras y vías férreas, de redes telegráficas y telefónicas, y provistas sus costas de cómodos puertos, no vacilaremos en afirmar, con los idealistas<sup>1</sup>, el triunfo definitivo del espíritu sobre la naturaleza. Mas obsérvese que el espíritu no se desarrolla de por sí, sino en virtud de los estimulantes con que le brinda el mundo exterior; que cada uno de sus adelantos es una nueva adaptación al medio, una nueva aprontación de las fuerzas naturales, y que, por tanto, allí donde estas fuerzas no se dan, allí donde la naturaleza se muestra esquiva, como en los casquetes polares y en los desiertos, imposible que el espíritu se desarrolle. La civilización es la resultante de la combinación de las

fuerzas espirituales con las fuerzas naturales, y es menester, para que la combinación se efectúe, que concurren ambos términos. La naturaleza va delante condicionando hasta un cierto punto el desarrollo del espíritu<sup>2</sup>; en cada estado de este desarrollo, el espíritu reobra sobre la naturaleza, la modifica, mejorando sus condiciones de habitabilidad o extendiendo éstas a nuevas regiones y preparándose un desarrollo superior, así va extendiendo sus dominios por el mundo y realizando un grado de cada vez más alto de civilización. Mas es evidente que este proceso tendrá un límite impuesto por la naturaleza en aquellas de sus regiones no susceptibles de ser transformadas. El poder del espíritu es ya hoy muy grande, y no podemos prever cuánto crecerá aún en su ulterior desenvolvimiento; mas sí podemos afirmar que no cambiará de naturaleza adquiriendo la virtud de crear, que seguirá siendo meramente ordenador y regulador; por lo cual necesitará siempre de la naturaleza y vivirá sujeto a los límites que ésta le imponga.

<sup>1</sup> Tales como Hume, Wartz y Perchel, y los cuales desestiman, hasta casi llegar a negarlo, el influjo del medio natural.

<sup>2</sup> Esto es lo que ha conducido a los realistas Montesquieu, Herder, Heereu, Condorcet, Comte y otros, a explicar por la acción del suelo y del clima el desenvolvimiento externo de la cultura.

